

El Proyecto Ánfora



William Kotzwinkle

En las profundidades de Luna Chatarra, un satélite de Planeta Inmortal, los mejores científicos del planeta están a punto de llevar a término un proyecto que desvele el secreto de la inmortalidad: el Proyecto Ánfora, gestionado por el Consorcio, las doce personalidades más influyentes del planeta. Pero hay más individuos interesados en el proyecto: el comandante Oldcastle, un pirata espacial que sale en busca de Ánfora con su piloto mutante del planeta Serpentina, un joven entomólogo y botánico y un tímido robot. Al tiempo que escapa de la omnipotente agencia de Inteligencia, este improbable grupo se las tendrá que ver con un predador cósmico que está poniendo en peligro la existencia misma de la humanidad.

*Para Elizabeth Gundy,
mi compañera en la vida
y en la literatura*

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a los siguientes científicos su inapreciable ayuda:

Sydney Brenner, Premio Nobel, Instituto Salk de Estudios Biológicos; Peter Goddard, director del Instituto para Estudios Avanzados de Princeton; Steven Ratona, presidente del Colegio del Atlántico; Keneth Paigen, antiguo director del Laboratorio Jackson; Beverly Paigen, científico titular del Laboratorio Jackson; León Rosenberg, profesor de Biología Molecular; y Peter Wells, director de Transferencia Tecnológica del Laboratorio Jackson.

Mi especial agradecimiento también para David Einhom; Dan Burt; Thomas Rolfes; mi editor, Morgan Entekin, y mis agentes, Elaine Markson y Ron Bernstein.

Y, por último, mi agradecimiento a Ernest McMullen, extraordinario pintor que me acompañó en este largo viaje a través de otros mundos.

Capítulo 1

“Minas aéreas”, siseó Lagartio, con la garganta hinchada a causa de los nervios, mientras observaba por la ventanilla de vuelo los ornamentos mortales que danzaban en la oscuridad. Sus escamas blindadas rechinaron cuando enrolló la cola en el pedestal del asiento. “Nadie mencionó que hubiera minas aéreas”.

“Te preocupas demasiado”, respondió el comandante Jockey Oldcastle, con su formidable barriga aprisionada contra los controles de la nave en descenso.

“Gracias a ello aún estamos vivos”, siseó Lagartio. Era un piloto del planeta Serpentia. Las pupilas de sus ojos asemejaban el hueco de una antigua cerradura y brillaban de forma amenazadora. En los rincones de la mente guardaba todo tipo de recetas venenosas, desde suaves hasta mortíferas diluciones. Dos colmillos apuntaban contra el paladar. Cuando giraban hacia delante se llenaban de veneno, y quien lo recibía caía dormido por unas horas, unos días, unas semanas o para siempre, dependiendo de la mezcla.

Jockey miraba la pequeña luna que había abajo, más allá de las minas aéreas. “Para su placer”.

“Sólo los tontos buscan placer en estos lugares. No necesitamos este trabajo”.

“Necesitamos cualquier trabajo que podamos conseguir”. Jockey manipuló ligeramente los controles, acercando la nave al campo de minas.

Las escamosas garras de Lagartio se ajustaron al panel de control de su equipo de navegación. Preparaba una ruta

de vuelo para escapar del campo de minas. Los serpentianos reciben las ondas vibratorias de los procesos metabólicos de otros cerebros, y en este momento le estaban llegando impulsos vibratorios de la luna que tenían debajo. Entre las habituales majaderías de sentimientos humanos y alienígenas, distinguió las irradiaciones de una partida de caza, unos individuos muy concentrados en atrapar a su presa. Si no había vida salvaje en la pequeña luna, ¿qué estaban persiguiendo?

Una voz surgió de la radio de la nave: "Bienvenidos al Farolillo de Papel. Por favor, no se preocupen por nuestro pequeño laberinto. Es para disuadir a los visitantes indeseados. Tienen vía libre para el aterrizaje". El campo de minas aéreas se despejó, permitiéndoles el paso.

La luna estaba jalonada por crestas que asemejaban el armazón de un farolillo, aunque, a medida que descendían, las crestas se iban distanciando hasta que desaparecía la ilusión del farol. Una alfombra de luces se desplegó en el horizonte nocturno y fue adquiriendo definición hasta convertirse en la cúpula protectora de un entorno controlado: una translúcida concha rosa que expandía su fulgor.

"Intentemos no rozar nada de mala manera", comentó Jockey. El corpulento pirata levantó el morro de la nave, y la *Templanza* se aposentó en la plataforma de aterrizaje como una vela invertida cuya llama se extinguiera. Cuando los motores se calmaron, regresó a la sala para unirse a su pasajero. "Tu educación superior continúa, querido amigo", dijo a Adrián Link. Link era el jefe de Control de Suelos, Plantas e Insectos del Departamento de Agricultura de Planeta Inmortal, una posición de peso para alguien tan joven. El robot auxiliar de Link, Upquark, estaba sentado a su lado y sus ojos artificiales reflejaban preocupación. Según su análisis robótico de la situación, los viajes con Jockey suponían un riesgo para Adrián; el pirata siempre tenía algún motivo oculto cuando le invitaba de viaje. Tengo que vér-

melas con todo tipo de situaciones, pensó el pequeño robot.

Lagartio pasó junto a ellos y abrió la escotilla. Estiró el cuello, escrutando con desconfianza a izquierda y derecha. Un anillo de escamas blancas alrededor del cuello le daba aspecto de sacerdote, pero las únicas confesiones que había escuchado procedían de tipos cuyas gargantas apretaba con sus garras.

A continuación, los demás salieron por la escotilla y un autobús neumático les trasladó a la cúpula. Cuando entraban al club nocturno, Link se quedó mirando fijamente la cúpula rosada y mantuvo la respiración. Lo que en un principio parecía un tapiz móvil resultaba estar producido por una vibración de alas. Extrañas mariposas sobrevolaban en círculos.

“¿Acaso mentí?”, preguntó Jockey.

Link quedó mudo durante un instante, luego dijo: “Por una vez, no”.

El pirata pasó un brazo por los hombros de su joven amigo. “Contemplarías maravillas cada noche si vinieras a todas mis expediciones”.

“Mis cálculos indican que sería más fácil que usted contemplara el interior de una prisión —intervino Upquark—. La probabilidad de encarcelamiento para el comandante Oldcastle se estima extremadamente alta”.

Jockey arrugó la nariz en dirección a un magdabeest asado que flotaba junto a él en una bandeja. “¿Es salsa wakmaz lo que huelo?”

“Vinimos por negocios”, siseó Lagartio impaciente.

“¿Qué aperitivos tiene? —preguntó Jockey a la camarera que les conducía a una mesa—. No importa, traiga de todo”.

La mirada de Link permanecía fija en las mariposas y polillas que animaban el techo. Ninguna de ellas podía ya contemplarse en libertad; el mundo artificial del Farolillo de Papel era uno de los pocos hábitats que les quedaban. Una

enorme mariposa nocturna descendió y se colocó delante de él en el aire, batiendo sus aterciopeladas alas.

“¿Encontraste un confidente? —preguntó Jockey—. ¿Qué sabe?”

“Todo”, respondió Link en voz baja.

“Entonces, anímale a que te cuente”.

“Ya lo ha hecho”. Los ojos de Link seguían a la esfinge calavera mientras ésta se giraba mostrando las escamas en forma de cráneo de su tórax. Aleteó hacia el jarrón con flores escarlata de la mesa, y el exquisito resorte de su maxilar se desenroscó hasta alcanzar la flor del centro. Link se recostó en la silla. Sólo por vivir ese momento ya había merecido la pena permitir que Jockey lo sacara de la Llanura Agrícola.

Lagartio, sin embargo, observaba fijamente a la polilla sin ninguna admiración. “No es buen presagio que una pequeña calavera volante visite nuestra mesa”.

A lo cual replicó Upquark: “Un presagio es un subconjunto resonante en la energía total de un proceso superior. La probabilidad de que una polilla pueda predecir problemas es de una entre cuatro millones. Considero que no hay motivos de preocupación”.

La camarera regresó acompañada de una bandeja flotante con un surtido de pequeñas criaturas regordetas, servidas en recipientes confeccionados con sus propios caparazones arcaicos. “Gliptodontes del Planeta Almagest”, afirmó Jockey con reverencia. Pinchó uno, lo colocó entre sus dientes y dejó escapar un suspiro de placer.

“¿Quién es ese cerdo de mercenario?”, preguntó un joven teniente de la Guardia del Consorcio, que se sentaba en una mesa cercana.

“Jockey Oldcastle”, contestó el oficial superior, un capitán no mucho mayor que él.

“¿No estuvo Oldcastle en la Guardia hace tiempo?”, inquirió la mujer que se sentaba con ellos.

“No sabría decirlo”.

“Oh, vamos —respondió la mujer—, no hace falta que le encubras simplemente porque fue un compañero”.

“No estoy encubriéndolo. Opino que sus acciones son despreciables y que no vale la pena hablar de ellas”.

“Bueno, ahora *tienes* que contarme —añadió la mujer, pero dejó en suspenso su solicitud porque un robot con el cráneo negro había traído una botella a su mesa—. Vino del Planeta Antaño. Muy poco común, porque las uvas de Antaño ya no existen”. El robot descorchó la botella y sirvió el vaso de la mujer justo hasta dos centímetros y medio del borde, mientras investigaba internamente su biografía: Katherine Livtov, conocida por sus clientes militares como Kitty Liftoff, propietaria de Luna Chatarra, un planeta artificial dedicado a los desechos espaciales.

“Por favor, disfruten del ambiente del Farolillo de Papel”. El robot se retiró, y Kitty Liftoff volvió a insistir a los jóvenes oficiales sobre Jockey Oldcastle.

“Oldcastle utilizó la Guardia del Consorcio para su lucro personal —dijo el capitán—. Tuvo suerte de no ser ejecutado”.

“¿Qué tipo de lucro personal?”

“Permítame —dijo el teniente. Su comunicador de muñeca le proporcionó la hoja de servicios de Oldcastle—. Venta de pasteles del ejército en el mercado negro. Apparentemente vendió millones de pasteles de fruta antes de que le agarraran. Veamos qué más tenemos...”

Mientras el teniente comprobaba los delitos de Jockey, Kitty se volvió hacia la mesa del mercenario. Trataba regularmente con piratas, comprando y vendiendo cargamentos del llamado “material rescatado”. Apuntó en su comunicador que tenía que hablar con ese Oldcastle. El capitán advirtió la anotación con resentimiento. “Los puercos como Oldcastle merecen la cámara de desintegración”.

El puerco estaba chupándose sus gruesos dedos. “Ay, amigos, aquí estamos, luchando con gliptodontes salteados a medianoche. Cuánto se echa de menos esta comida

en Planeta Inmortal". Extrajo otra pequeña criatura de su caparazón y cerró los ojos para saborearla.

Lagartio ignoraba a sus compañeros. Los temblores que había sentido eran cada vez más intensos, lo que significaba que la partida de caza se estaba acercando. Podía percibir cómo se agudizaba su actividad cerebral; sus planes para esta noche eran capturar un trofeo, y no se trataba de una mariposa. ¿Acaso un lagarto?

En la otra mesa, un mercenario alienígena se estaba acercando a Kitty Liftoff. Era de aspecto humanoide, pero parecía que alguna vez hubiera tenido una medusa en su árbol genealógico. Tenía los brazos descubiertos, y su piel pálida y transparente permitía ver la base de los punzantes pelos negros retráctiles que contenían en la punta una toxina paralizante. Se quitó un sombrero ajado cuyo extraño plumaje estaba raído. "¿Tienes mi Ghazi Jinete Nocturno?"

Cuando llegaba información entrante a su Auranet, Kitty quedaba rodeada de luces élficas. Ahora las condensó y produjo un holograma del Jinete Nocturno. Frente a los ojos del mercenario apareció una miniatura de la nave. Kitty señaló con una larga y cuidada uña: "Movido por láser, con células de potencia láser, cañones láser en la punta de las alas y nueve torpedos en la bodega.

Te sentirás seguro en él".

"Me siento seguro en todo momento", replicó el mercenario, desplegando ligeramente los pelos de su piel, como un nido de culebras inquietas. Kitty rodeó una copa con sus finos dedos y el bárbaro quedó fascinado por este simple movimiento. Seguramente no tenía menos de cien años, pero aún poseía una gran belleza. Su piel había sido inmaculadamente rejuvenecida y su cabello negro, peinado hacia un lado, caía por las mejillas en línea recta hasta la mandíbula y era lustroso y fuerte. Se esforzó en volver al asunto que traían entre manos. "¿Entrega inmediata?"

"Tan pronto como me hayas pagado, cariño".

"¿Y la garantía?"

“Un año para todas las piezas. Los daños exteriores no están cubiertos”.

“No voy a dirigirlo contra un muro”.

“Alguien podría dirigirse contra usted”, dijo el teniente.

“¿Por qué iba alguien a hacer algo así?”, replicó el hombre-de-guerra, apelativo con que se designaba a su especie en los archivos de identificación de la Guardia del Consorcio.

“Dame el número de tu cuenta bancaria interplanetaria —intervino Kitty—, y pondremos en órbita tu nave”.

“Prefiero pagar a mi manera”. Gregori hombre-de-guerra puso una bolsa de malla con piedras preciosas sobre la mesa.

Kitty las contempló brevemente antes de aceptarlas, ya que el bárbaro le había entregado con creces el valor del Gazhi Jinete Nocturno. Los hombres-de-guerra nunca escatimaban en cuestiones de dinero.

“Parece como si las hubiera arrancado de la corona de alguien —observó el capitán—. En fin, tome una copa con nosotros”, añadió rápidamente, ya que los hombres-de-guerra no temían a nadie en la batalla. También poseían extrañas habilidades mecánicas, brillantes aunque irrepetibles, pues olvidaban enseguida lo que habían hecho. Los generales de la Guardia del Consorcio siempre querían contar con unos cuantos hombres-de-guerra entre sus tropas.

“Uno debe tener un buen carruaje para andar por ahí volando —declaró el bárbaro, cuyo uniforme no le quedaba bien y tenía el collarín sucio, al igual que los adornos del calzado, aunque iba empapado en agua de colonia—. Una lástima que no pueda pilotarlo hasta vuestro planeta, pero así son las cosas, hay un malentendido entre vuestra policía y mi persona. Por ese motivo debo realizar aquí mis negocios, en esta pequeña luna”.

“Probablemente podríamos arreglar una amnistía para usted —sugirió el capitán—, si no le molestara unirse a no-

sotros”.

“Caballeros, vean esta cara. Es la máscara del delito”. El bárbaro inclinó la cabeza hasta colocarla en el ángulo que mejor ilustraba su razonamiento. “Violento, corrupto y vil. Así es como me describen los archivos de vuestra Observadora Autónoma. No, me temo que no puedo unirme a la Guardia del Consorcio. Pero permitidme, ya que me habéis conmovido con vuestra oferta —abrió un bolsón de su fajín celeste y arrojó más joyas sobre la mesa—. Por favor, coged las que deseéis. Me ofendería si no encontrarais alguna que os satisficiera”.

Los oficiales aceptaron. Eran jóvenes, su posición exigía muchos gastos y era por momentos como éste por los que uno acudía al Farolillo de Papel, la luna de lo inesperado.

Gregori hombre-de-guerra les observó con tolerancia. Su juventud aún no les había sido arrebatada en batallas galácticas; no habían contemplado la explosión de grandes naves ni las cabezas de sus compañeros puestas en órbita para siempre. Canturreó para sí una melodía sobre un piloto flameado estoicamente en su avión. Como muchas de sus canciones nativas, parecía no tener otro sentido, aparte de describir una muerte dolorosa que se asume con desdén.

“Estoy seguro de que podríamos conseguirle un perdón completo y colocarle directamente en la cubierta de vuelo de un Predator”, dijo el teniente, sintiéndose a su vez tolerante con la apariencia desaliñada del bárbaro y su ridículo aroma. Había que aceptar al alienígena tal y como era y aprovechar su genio.

“Me veo tentado, señor —contestó Gregori hombre-de-guerra—, porque veo que sois un hombre con experiencia”.

El teniente, modestamente, quitó importancia al comentario. “Pero esta noche me ocupan asuntos con esta señora —continuó el bárbaro—. He comprado una de sus naves. Ya conocéis su marca y un día podríais encontrarla en cual-

quier parte. Tal vez en ese momento las circunstancias no me sean favorables. Espero que podáis entonces renovar vuestra oferta”.

“Pero en esa ocasión estaríamos obligados a hacerle prisionero”. “Algo que yo no podría permitir. Así que por esta noche, mientras aún somos amigos, tomemos otra copa juntos”.

Los jóvenes oficiales sonrieron, sintiendo que todo estaba bien así: eran hermanos del firmamento, hombre y alienígena.

Kitty escuchaba todo esto a la vez que anticipaba el día en que una nave destrozada llegaría hasta Luna Chatarra con su sangre en el panel de control. Las naves podían ser rescatadas, los hombres raras veces. Este presentimiento dio un aire melancólico a Kitty. Si tratas con armas el tiempo suficiente, si la ventana de tu oficina domina una vista interminable de maquinaria de guerra maltrecha, llegas a desarrollar un lado filosófico. Las bóvedas abolladas de su flota de chatarra habían cobijado a los últimos jóvenes brillantes; por la noche, cuando estaba sola en su oficina, imaginaba que oía radios fantasmas que emitían órdenes entrecortadas, mezcladas con risas, música a veces, y que acababan siempre en un silencio mortal.

Capítulo 2

Fascinado, Upquark seguía lentamente el vuelo de las mariposas alrededor del comedor abovedado. Las contemplaba tan absorto que no se dio cuenta de la puerta que se abría hasta que le golpeó en la cabeza y le envió rodando contra la pared. Tras el ruido ensordecedor de la colisión, escuchó algo que sonaba vagamente como “Oh, discúlpame”. Se giró y contempló a una mujer cantusiana parada frente a él.

Se quedó mirándola maravillado. Había visto fotos de cantusianos, pero nunca se había topado con ninguno. Su raza descendió hace siglos de las copas de los árboles y la mujer mostraba un vestigio de aquellos tiempos en forma de una membrana que le atravesaba desde la mitad de la espina dorsal hasta codos y muñecas. La mayor parte de los cantusianos se había extirpado quirúrgicamente dicha membrana para parecer más humanos, pero esta encantadora criatura mantenía la suya y la usaba con gran efectividad como un delicado chal.

Agachándose, acarició los extremos de las antenas de Upquark, que habían quedado doblados al golpearse contra la pared. “Perdóname, por favor —suplicó—; iba sin fijarme”.

A pesar de que Upquark guardaba información sobre la lengua cantusiana en sus archivos, no estaba preparado para escuchar la magia de aquella voz. La mujer simplemente había expresado su pesar, pero sus trinos pusieron en marcha cada una de las pautas básicas de relación del módulo emocional del robot. Ahí estaba la voz más dulce que nun-

ca había escuchado, clasificada y archivada, lista para su reproducción.

“¿Te encuentras bien?”, le preguntó, y sonó como si le hubieran acercado una jaula llena de periquitos, cada uno de ellos entonando una canción de amor. No sólo la voz de esta delicada cantusiana recordaba a los pájaros. La evolución había reducido lo que fuera una corona de plumas turquesas a un brillante y elegante tocado de pelo plumoso que Upquark encontró extremadamente bello. “¿A quién perteneces?”, le preguntó con voz cantarina.

Señaló hacia Link.

Al volverse en dirección a Link, escuchó por un momento su conversación. “Tu jefe utiliza tonos poco habituales al hablar; ¿es, músico?”

Upquark se preguntó cómo era posible que hubiera captado el tono de Adrián en medio del murmullo general provocado por las conversaciones de la sala; consultó su base de datos sobre la audición cantusiana y descubrió que cada pliegue de su oído finamente dividido contenía un haz de nervios auditivos diferente, y que esta multiplicidad le permitía recoger un audiograma completo de cualquier voz a la que prestara atención.

“Canta —dijo Upquark—, pero sólo a los insectos”.

“¿Y le escuchan?”

“Con frecuencia”.

“¿Por qué lo hace?”

“Es entomólogo jefe de la Llanura Agrícola”, respondió Upquark orgullosamente.

Observó a Link con interés. “Debe de utilizar toda la cavidad resonante de la boca cuando canta a los insectos. Eso resulta muy extraño en los seres humanos y se refleja en su forma de hablar”.

“Me alegra tanto haberla conocido —espetó Upquark—, siempre he querido conocer a algún cantusiano”.

Ella rió nerviosamente, tapándose la boca con una mano. “No tiene tanta importancia, los cantusianos desperdi-